

CRÓNICA LITERARIA

(Laudatorias heroicas por Antonio Bórquez Solar)

Al iniciar estas crónicas creo de interés hacer algunos comentarios de esta obra de Bórquez Solar, publicada, ya va para tres meses, por tratarse de la más representativa y que mejor caracteriza su alta personalidad literaria, algo desdeñada hoy día por la juventud eternamente iconoclasta. Nuestro poeta también lo fué en sus mocedades, cuando escribió su primer libro *Campo Lírico*, en el cual con arrogancia decía estas palabras estupendas: «en la hora solemne de mis insurrecciones guié solo las cuadrigas de mis arados como ninguno antes que yo en esta Zona del Arte lo hiciera».

Sea o no verdad lo que dice, es lo cierto que en ese tiempo guerreó y batalló con inaudita altivez para imponerse al público; su desprecio por los poetas anteriores a él y su orgullosa inmodestia fueron proverbiales, su afán por llamar la atención, por asustar más bien dicho, con un verbalismo incoherente y una métrica dislocada, enigmática, dió origen a burlas inofensivas—Bórquez las creía trágicas—pero dejaron la impresión de que se trataba de un verdadero poeta, con arrestos líricos soberbios, a pesar de sus extravagancias *voluntarias*.

Así lo reconoció, uno de los primeros, en un hermoso artículo el acreditado escritor de ese tiempo: Hurtado y Arias.

Con las publicaciones de sus obras posteriores, una de ellas

con el espantable título de *La Floresta de los Leones*, *Dilectos Decires*, *La Quintrala*, etc., con sus numerosas conferencias en el Ateneo y en la Universidad, el nombre del autor se hizo popular y ocupó un alto puesto en nuestro Parnaso, algo aislado eso sí, como lo requiere su fuerte e inconfundible personalidad.

En su última publicación *Laudatorias Heroicas* se nos revela un poeta épico, en toda la extensión de la palabra.

Ya no es el cantor de la danza macabra de los esqueletos, del jerez alegre, de la selva de horror de *Campo Lírico*, ni ve fulgores siniestros en los ojos del mendigo y del borracho, ni el llorar de las almas oprimidas por el salario, ni el sordo rumor de un cataclismo lo ve reflejado en las estrellas y en la luna, en el tocar de los organillos y en los colmillos de los perros pobres, como en la *Floresta de los Leones*; no, ahora es el cantor de la patria en versos grandilocuentes, rudos, soberbios en su aspereza.

La obra se divide en tres partes: *Ciclo Primero. Aquí hay Leones*, *Ciclo Segundo. Épica Aurora de Soles Purpúreos*, y *Zig-Zag de Fuego*.

La primera parte, que es la más extensa, es también la más valiosa, a pesar de seguir en ella las aguas de Ercilla.

El mismo Bórquez Solar, en una conferencia dada en la Universidad en glorificación de Ercilla y su *Araucana*, en 1910, con motivo de las fiestas del Centenario, al hablar del poco vuelo poético del poema, dijo estas palabras: «Ercilla no pudo o no quiso detenerse en otros asuntos que no fuesen los de la guerra misma, y entonces se limitó a señalar algunos, a apuntarlos como en cifra, *tal vez con el ánimo de que poetas posteriores los desarrollaran, los vistieran con pomposos arreos y los lucieran más airosos y desenvueltos en el correr de los tiempos a la luz del mundo*».

Aun cuando la fidelidad histórica, en sus líneas generales, de la *Araucana* es sorprendente, la crítica meticulosa ha llegado hasta negar la existencia de algunas personajes. El ilustre historiador don Crescente Errázuriz no cree en la existencia de Caupolicán, y don Tomás Thayer la reduce a mezquinas proporciones. Nuestro poeta se alimenta más de la leyenda, en

este caso, representada por Ercilla, y la borda y arregla con *pomposos arreos*.

Se abre esta primera parte con una reunión de los *toquis* araucanos, a la llegada de los conquistadores. En esos versos rudos e inarmónicos, en los cuales el autor hace alarde de menosprecio por la métrica castellana, alargándolos, acortándolos a su antojo, hay, sin embargo, un ardiente amor a la tierra, una especie de panteísmo poético en donde todo lo ve agrandado: las selvas, los ríos, los volcanes, los hombres y las bestias. Para el poeta, la patria lo es todo, los atletas que duermen en sus tumbas, las frondas inquietas. «Y es sagrado hasta el lodo mismo de la patria».

Uno de los *toquis* exclama:

Es una bestia maldita
el que no acude a morir cuando la patria grita
en el día de los ultrajes; es gran malvado.
La fiera defiende la cueva donde se ha criado.

Al lado de numerosas bellezas que dan novedad al verso como

«pinos altísimos como muchas ansias»,
«el canto de las selvas es lleno y grave
como el trémolo del órgano en una amplia nave
de una catedral antigua»,

se amontonan una cantidad de frases sin sentido plausible o de propósito rebuscados, como los siguientes:

Y que los fieros
mozos no duerman abollando cráneos, rajando
cráneos, de día, de noche, cuando haga sol, cuando
alumbra la luna como una gran calavera
lívica que desde el fondo de lo azul riera
rajando cráneos en el furor del chivateo,
hendiendo cráneos con sus cóleras... Y un trofeo
de cráneos como el Llaima contemple moribundo
cuando el último *huinca* se despida del mundo.

No puede negarse, sin embargo, que hay cierta grandeza sal-

vaje en esta poesía «Legión», por donde el poeta nos introduce al campo de las hazañas araucanas. Abre el desfile Caupolicán,

y salta al medio en prodigioso salto.
Y allí luciendo su altiveza suma
tiene las rijideces del basalto
en sus túrgidos músculos de puma.
Ni coraza, ni peto, nada hay sobre
su amplio tórax. Sus biceps son de atleta.

Se estremecen de asombro los indígenas que contemplan a Caupolicán con el tronco al hombro, el sol se para, los cóndores «cien cóndores altivos» se detienen a contemplarlo y con exuberancia de superlativos, Bórquez Solar canta la hazaña del toqui araucano, precisamente el más maltratado por la crítica histórica del día. Muchos de los temas de Ercilla, como la mutilación de Galvarino, la presencia de Tegalda en el campo de los muertos, el coloquio de Lautaro con Tegalda, la muerte del héroe, la sublime actitud de Fresia delante de Caupolicán prisionero, han sido desarrollados, amplificados y vertidos con *pomposos arreos* por Bórquez Solar con original grandilocuencia, en un medio salvaje y bravío, donde tienen voces los ríos, las montañas, los volcanes, los cóndores y los pumas.

Toda esta primera parte de *Laudatorias heroicas* es, como ya lo he dicho anteriormente, la más representativa del autor, en donde brillan sus más fuertes dotes de poeta épico y sus mayores extravíos. En sus estrofas no hay nada de «castillo interior», de «torre de marfil», de «emotividad», ni de otras frases manoseadas de la laya; es un poeta objetivo para quien existe el mundo exterior agrandado. Su ampulosidad verbal es inusitada; si ve cóndores, no los ve aislados, sino por centenares; si leones, por veintenetas; los ríos son serpientes espantosas; los volcanes gigantescas patenas de oro; las tencas ensayan unas extrañas cuadrillas locas; los zorzales cantan maitines y hay palomas que llevan epopeyas bajo el ala. Sus comparaciones son tan enormes, tan inesperadas que semejan efectos de pesadilla. A Caupolicán lo compara con el león, a Lautaro con el jaguar y con el tigre. Más adelante comparará a San

Martín con el dragón. Es una fauna prodigiosa. Algunas de las metáforas más abstrusas de Víctor Hugo quedan pequeñas al lado de ésta, por ejemplo: «Los huemules son los hijos de unos extraños amores de una gran avestruz que hace cien años fecundó un relámpago». Recurre a palabras sonoras felizmente combinadas para dar impresión de grandeza y lo consigue. Véase esta descripción de una tempestad en la cordillera:

El Alba sí es hermosa en esas cumbres
y más hermoso el sol cuando se inicia
con su esplendente majestad de lumbres,
en la encantada soledad entonces
el bullente raudal se hace de plata,
los filos de las rocas son de bronces
y el sol en lluvia de oro se desata.
Mas, cuando estalla la tormenta loca,
el ígneo rayo en haces zigzaguea
y en sus flancos abruptos cada roca
alza los resplandores de una tea;
el rechinante carro de los truenos
sin cesar rimbombante clamorea
y el eco repetido se dilata
en los cóncavos senos
por donde la profunda catarata
con ímpetu feroz corta sus frenos.
Entonces sí que la grandeza tanta
del paisaje en la ingente cordillera
al más altivo corazón espanta...

Bórquez Solar podría reclamar para sí estas palabras de los *Versos libres* de José Martí: «Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente i arrollador como una lengua de lava. El verso ha de ser como una espada reluciente que deja a los espectadores la memoria de un guerrero que va camino al cielo y al envainarla en el sol se rompe en alas».

Y por otra parte, sin dejar de ser él, nuestro poeta tiene alguna semejanza con Chocano, mas, su osadía no llega a la de éste.

«Walt Whitman tiene el Norte, pero yo tengo el Sur.»

Más estudiada, menos complicada y por lo mismo menos espontánea, es la segunda parte del libro, en donde el poeta canta a los Padres de la Patria, siguiendo muy de cerca a la historia. Es obra que hace bien y reconforta. Los poetas, esos antiguos vates conductores de pueblos, son los llamados en estos tiempos cruelísimos para dirigirse a las masas y recordarles los gloriosos pasados y sus aspiraciones a un porvenir más venturoso. Esos son los deseos del autor y es una lástima, que la ejecución a las veces no esté a la altura de su objeto; entusiasmar y fortificar a los niños, a las vírgenes, a los jóvenes y a los hombres maduros, en el culto de los héroes, ya que para comprenderlos se necesita cierta educación artística. El estro poético del autor es demasiado sabio y sus artificios no podrán nunca ser populares. Son versos demasiados difíciles para retenerlos en la memoria, excepción hecha del romancero de Manuel Rodríguez, el legendario guerrillero, de las estrofas al Roto Chileno, y tal vez del fervoroso Canto a Chile con que se cierra el libro.

En Zig Zag de Fuego, con generoso corazón, el poeta se pone de parte de la justísima causa de los aliados en la actual guerra europea. Para Bórquez Solar, amante de la raza latina, ésta no puede ser vencida y aun cuando en un enorme crisol se están fundiendo todas las razas, todos los valores morales y humanos, Francia, gran corazón del mundo, resurgirá más radiante y gloriosa de esta carnicería, lo mismo que Italia. Y a los Estados Unidos, a la bandera estrellada por haberse puesto del lado de Francia, le entona un extraño himno que recuerda a Whitman.

Por esta rápida impresión de conjunto, el lector solamente puede formarse una idea insuficiente de la obra de Antonio Bórquez Solar. Que hay incoherencias en algunas imágenes y adornos poéticos, cláusulas rítmicas artificiosas y unos pocos vicios de lenguaje, todo puede ser; mas los positivos merecimientos de sus líneas generales son dignos de un altísimo poeta y a pesar de los reparos que he hecho, paréceme un deber, llamar la atención a la emoción patriótica que resalta en algunos de sus cantos poliformes y especialmente en los admirables versos blan-

cos a los *Manes Inmortales*, puro corazón, y a la suavidad—no digo delicadeza, por ser esta palabra la menos adecuada a la índole poética de Bórquez Solar—de la leyenda de los copihues, de *Raigüén*, la flor todo candor y dulzura y de los sonetos de *Araucana Trágica*.

Todo puede fingirse; mas no el dolor en carne viva. Ese es el dolor de Fresia y así lo comenta nuestro autor, en versos de sinceridad penetrante y vaciados en los más limpios arcaduces de la lengua castellana.

Y son más admirables estas notas de Bórquez Solar, porque anda muy válida la opinión de que en su obra poética hay más cerebro que corazón, ya que salió, según el decir de Cabrera Guerra, «construido en los astilleros del Instituto Pedagógico bajo la anticuada disciplina de los puristas». El pobre Cabrera, también le pedía a Bórquez Solar que fuera *¡poeta útil!*

Mariano de Cavia, al glorificar al gran Rubén Darío, con motivo de su muerte, escribió un hermoso *Responso Pagano* en el cual ve a Rubén, sentado en el trono de Baco, en un carro, arrastrado por una cuadriga de leones, coronado de mirtos y laureles, camino del Parnaso. Una abigarrada comitiva lo acompaña: princesitas de ensueño y siluetas versallescas, anémicas Margaritas y cortesanas ataviadas lujosamente, caballeros linajudos, poetas, bohemios, cómicos y toreros, donde no faltan, tampoco, rufanes, pícaros y mujeres maleantes de la hampa madrileña. Al frente de este cortejo van el Genio y la Incoherencia. Llega el poeta nicaragüense, en su carro, a las puertas del Olimpo y, jubiloso, lo recibe don Luis de Góngora y Argote. ¡Hijo mío! exclama, echándole los brazos al cuello.

Como ese abigarrado cortejo es el desfile contenido en *Laudatorias Heroicas*. Quién sabe si en las regiones del Parnaso, don Luis de Góngora, el gran poeta cordobés, haya pensado en que el autor es también su descendiente.

NICOLÁS PEÑA MUNIZAGA.

Septiembre de 1918.